

## *Nacimiento de la nueva filosofía*

De todas las filosofías de Occidente, ninguna otra tiene el fascinante encanto de la Utopía. Fermenta en ella una grande ilusión dormida. Hace del hombre cautivo de injusticias seculares, un rebelde capaz de lanzarse a las más descabelladas exploraciones y aventuras. Acaba movilizándolo a millones de europeos en busca de nuevos mundos donde quizás exista el bienestar que no encuentran en su tierra nativa, y termine la justicia social que por siglos han destruido la monarquía, la nobleza, la iglesia, la propia burguesía.

Reunió el humanismo a un grupo de filósofos selectos que se propuso difundir en Europa el nuevo Evangelio, nacido de una revisión radical de las ideas corrientes. Erasmo, Vives o Tomás Moro, tan sutiles y finos como atrevidos, tendrán que enfrentarse a monarcas capaces de rebanar cabezas como Enrique VIII, al emperador victorioso en los dos hemisferios —primer ejemplo en la historia—, a Maquiavelo genial, a Lutero temible como un toro, a la iglesia de los más arrogantes pontífices. No es poco el riesgo que implica reclamar de los grandes una conducta severa cuando las cortes se han relajado, sostener la teoría de la paz frente a guerreros ambiciosos y triunfantes —entonces hasta el papa tenía ejército y lo usaba—, contraponer la idea de un gobierno justo para el hombre libre a la política del cálculo frío e inescrupuloso de los nuevos estados, alzarse contra el poder de la burguesía que comienza a enriquecerse para defender a quienes iban hundiéndose en la pobreza de los tiempos modernos. Había que redescubrir los Evangelios, devolverles su fuerza primitiva, y hacerlo, para el caso de Erasmo o de Moro, sin precipitarse por el despeñadero de los monjes rebeldes que arremetían contra la unidad de la Iglesia. Tratar de convertir en instrumentos de lucha contra la injusticia a los monarcas que la engendraban. . .

Los libros y discursos de esos filósofos, donde se denuncian las lacras de la sociedad de entonces, vinieron a convertirse en el fondo ideológico de las izquierdas. Todavía hoy lo aprovechan quienes se sienten movidos por una esperanza que sigue pareciendo absurda, pero que conserva su eterna seducción. Tomás Moro escribe *Utopía* al mismo tiempo que su amigo Erasmo el *Elogio de la locura*. Las dos obras gemelas, concebidas en el más íntimo acuerdo, permiten medir la calidad del idealismo beligerante de su tiempo. Entonces, y con ellos a la cabeza, una vasta literatura penetra para siglos las mejores corrientes del pensamiento occidental con decenas de obras ejemplares. Pero de todos, ni Erasmo mismo, inventó una palabra tan afortunada como Moro: la de *Utopía*.

El hallazgo ocurriría en un instante, en una noche de esas en que es difícil conciliar el sueño. Moro, sutil y caviloso, barajando palabras griegas, fabricaría el nuevo vocablo sin imaginar que

estaría destinado a recoger, como para siempre, las aspiraciones de los más empecinados revolucionarios. Utopía quiere decir lugar que no existe. Tiene ese fondo irónico en que se mueven los idealistas, temerosos de lo que reserve el destino falaz a los hijos de su imaginación. Moro, así, monta en el aire un castillo, cuyas bases, en realidad, se apoyan en tierra firme. Y así la Utopía acaba provocando el gran éxodo de los tiempos modernos. Utópicos, los europeos emigran en constante fluir de cuatro siglos, hacia el continente de la esperanza.

En 1516 Tomás Moro publica su libro, y si fuéramos a registrar hoy el número de veces en que la palabra Utopía se ha usado en todos los idiomas, por todos los pueblos, en todos los continentes, no habría cerebro electrónico capaz de darnos una cifra aproximada de su uso universal. En Utopía se fija lo mejor del pensamiento occidental. Ahí se reconcilia al hombre amante de la paz y la justicia con un viejo mundo podrido de ideas imperialistas, surcado por las guerras más devastadoras que haya conocido la humanidad, soberbio frente a las razas que ha querido esclavizar o reducir a servidumbre o a colonia.

## *1516, el año clave*

La idea misma no era inédita. Utopías ha habido desde que el primer iluso apareció en el mundo. En la historia del pensamiento occidental se relaciona la Utopía de Moro con los esquemas ideales que se derivan de Platón. La diferencia está en que de Moro hacia atrás las utopías están montadas en el aire, son abstracciones poéticas sin consecuencias distintas del encantamiento que tienen las visiones mágicas. En cambio Moro sitúa su isla, patria del socialismo moderno, en América. En el Nuevo Mundo. En el continente que acaba de revelar Amerigo Vespucci. Moro dice y no dice —rubores de intelectual— que Utopía es un lugar inexistente, y desde entonces quienes lo leen le creen y no le creen. Más bien le creen. Se inclinan al hecho positivo, a la nueva circunstancia determinada por la aparición de América en la perspectiva del desarrollo de occidente. En otras palabras, si para los geógrafos hubo —¡al fin!— la Tierra Firme que buscaba delirante el almirante genovés, el empecinado Colón, en torno al Caribe, para los filósofos hubo también, desde entonces, una tierra firme sobre la cual pudieran construir sus repúblicas ideales. En este sentido, el anuncio de América continental implica el más profundo cambio en la historia del pensamiento occidental.

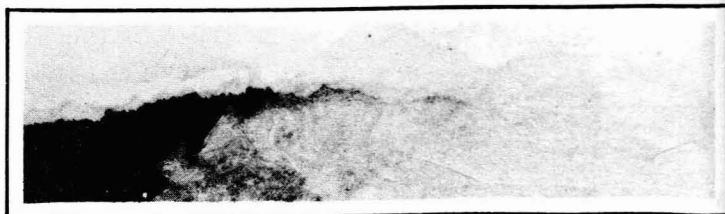
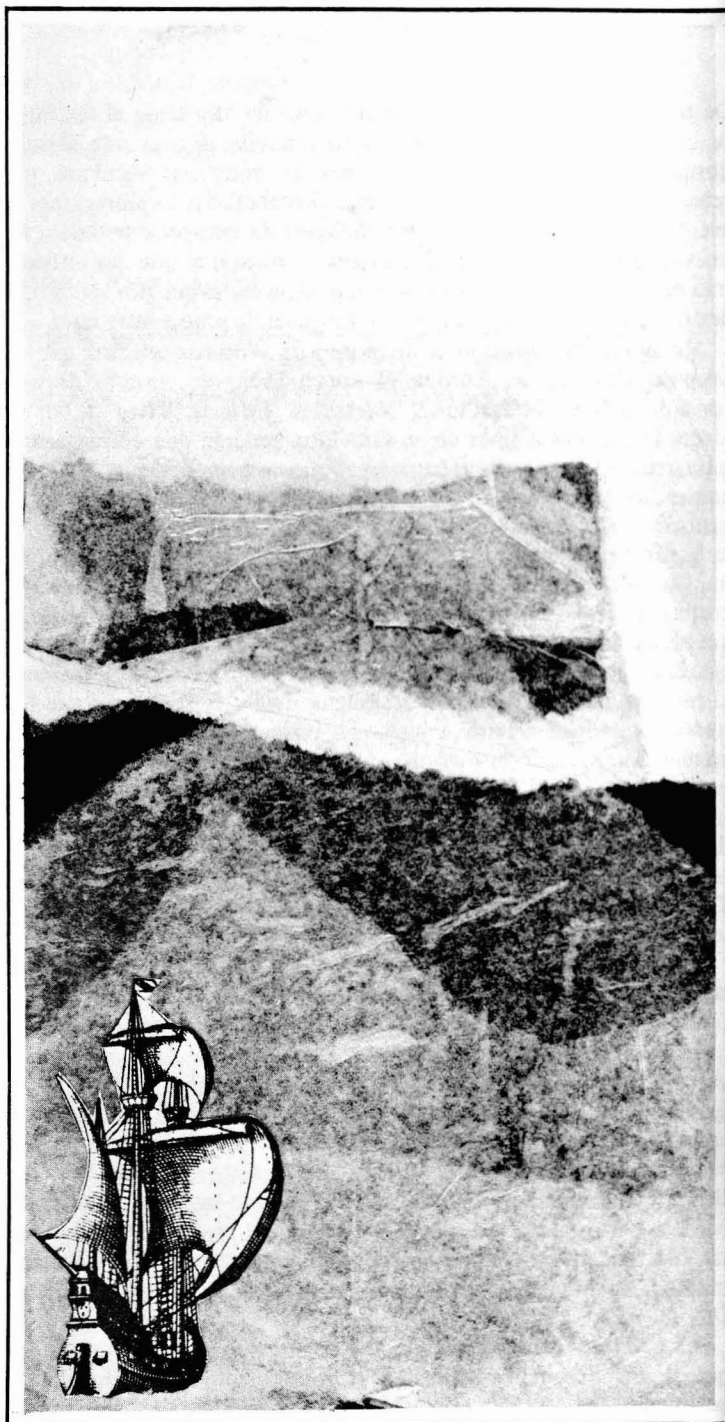
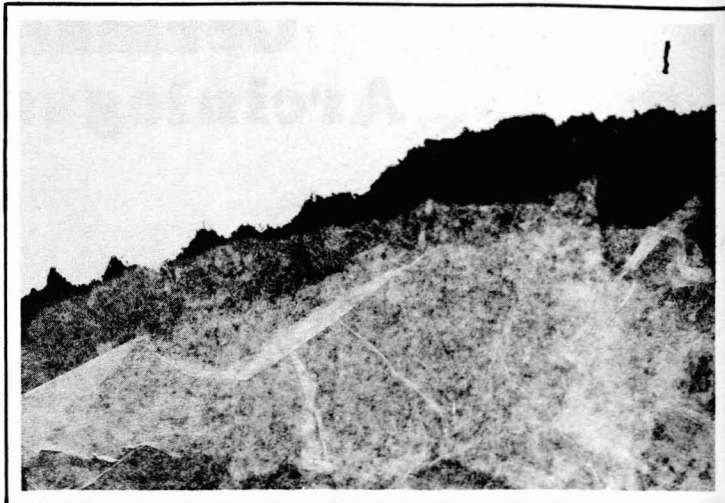
La diferencia que implica la nueva filosofía de los utópicos es tal que podría fijarse una raya divisoria —el año de 1516— y decir que hubo una utopía fantástica de esa fecha hacia atrás, y de ahí en adelante la utopía edificante. Platón inventó su isla de la

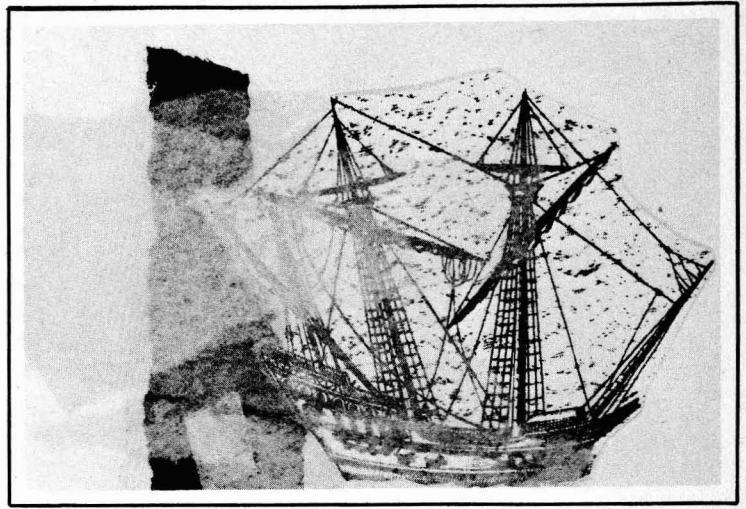
Atlántida como fantasía. El mismo la dejó sumergida en las aguas del mar tenebroso. Desde entonces sabemos lo que quiere decir una idea platónica. Así transmitió su pensamiento, y así lo recogió la fábula medieval. Moro lee la carta de Amerigo Vespucci, desentraña la noticia fidedigna, y lo único que hace al estilo mágico es inventar la palabra Utopía, tal como los geógrafos de Saint Dié habían lanzado al mundo la otra palabra afortunada: América. Si América existe, en América es posible la Utopía. He aquí la gran maravilla que se puede hacer con dos palabras.

#### *La gran protesta de occidente*

Ante todo hay que destacar el punto de partida de las Utopías: la revuelta contra las miserias de la realidad contemporánea. Quien entra en el mundo de la Utopía se matricula en la filosofía de la protesta. Desde Platón, el griego se subleva contra los vicios del gobierno de Atenas, y su República y su Atlántida no son sino una manera de condenar la miseria que estaba contemplando para decir cómo es posible una sociedad buena, inspirada en la felicidad del hombre y no en su avasallamiento y reducción. No es extraño al pensamiento renacentista del siglo XV el aprovechamiento de esta fuente de rebeldía, estímulo que anima a la nueva academia, cuya consecuencia final es una filosofía crítica, en una de las épocas más ambiciosas que haya conocido Occidente. Si bien la palabra "protestante", acaba calificando al movimiento encabezado por Lutero, protestante en realidad era todo el mundo. Protestaban lo mismo Erasmo que Vives, Moro o Santa Teresa. Protestaban Moro y Jan Hus y Calvino e Ignacio de Loyola. Como Lutero denunciaba la corrupción de Roma, Teresa de Jesús combatía el relajamiento de los conventos. Y no dan muestras de poco valor quienes, como Luis Vives, oponen la filosofía cristiana de la paz a la arrogancia del imperio español, vencedor con sus ejércitos en Roma. El imperio entrevisto ya por Machiavelo desde los tiempos de Fernando el Católico, su modelo de príncipes. . .

Tomás Moro piensa que puede encaminar las acciones del nuevo soberano de Inglaterra, Enrique VIII, por una senda revolucionaria. Todo autoriza a creer que el joven rey, gallardo e ilustrado como pocos, sería el adalid del nuevo estilo, rectificando radicalmente las leyes mal concebidas que están haciendo del reino, escenario deplorable de una sociedad infeliz. Tiene Enrique una visión más vasta del mundo, habla lo mismo latín que español, italiano o francés, y ha leído libros selectos en todos estos idiomas. Toca como un virtuoso, laúd y clavicordio. Llama a Erasmo para que enseñe en Cambridge y hace de Moro su canciller. Con toda lealtad, y algo de ilusión, Moro se atreve a colocar delante del nuevo rey el panorama de Inglaterra como lo miran sus ojos de buen cristiano rebelde. *Utopía* es un libro de dos caras en





dialéctica contradicción. Comienza por la denuncia de la realidad europea, particularmente la inglesa, para enfrentarle su república ideal. Como ocurre siempre en estos casos, el ensayo es más preciso y afortunado al puntualizar las miserias de la época que al idear un sistema para corregirlas. En la crítica procede sobre la base sólida de hechos tangibles y concretos. En la proyección de su fantasía redentora queda a merced del material humano.

Los reyes, dice valerosamente Moro, no sueñan sino en promover guerras, descuidando las artes benéficas de la paz: ambiciosos por conquistar nuevos reinos, poco se cuidan de administrar sus propios estados. Sus ministros consejeros o tienen que callar por ineptos o son viles parásitos que sólo buscan ganar la voluntad real por la adulación. ¿Qué puede esperarse de los cortesanos a quienes dominan la envidia, la vanidad, el interés? En Inglaterra acaba de ocurrir la afrentosa masacre de los manifestantes de Cornouilles. Los jefes se entregaron a manos del verdugo, y quedaron en el campo muertos dos mil rebeldes. La pena de muerte, que para los delitos comunes se aplica como rutina bárbara, es injusta e inútil: demasiado cruel para castigar el robo, resulta demasiado débil para impedirlo. Es un castigo como el que aplican los malos maestros que más azotan que instruyen a los muchachos. La causa de la miseria pública está en el número excesivo de nobles, ociosos aprovechados que se alimentan y lucran del sudor y el trabajo ajenos. Ponen a los vasallos a explotar la tierra hasta arrasarla para aumentar sus rentas y se mueven entre muchedumbre de sirvientes a quienes convierten en zánganos incapaces de ganarse la vida dignamente.

Inglaterra ha entrado en una nueva era de mayores miserias con la aparición del capitalismo industrial. Robándole a Flandes la industria de los paños de lana, los ricos multiplican sus rebaños y telares. Se echa del campo a los labriegos para convertir en tierras de pastoreo las que habían sido de labor. Desaparecen las aldeas y los campesinos despojados se aglomeran en las ciudades. "Cultivadores honrados son arrojados de sus casas, unos por fraudes, otros por violencia, los más afortunados, víctimas de vejaciones y triquiñuelas que los obligan a vender a cualquier precio sus propiedades." Semejantes injusticias no se cometen en favor del Estado sino de la nueva clase de los ricos burgueses. "El comercio de la lana no es monopolio legal: sus beneficios van todos a manos de unos pocos ricos acaparadores." El papel de las ovejas se ha invertido. Ahora: "las ovejas devoran a los hombres. . ."

Triste destino el de las armas. Se multiplican los ladrones para gloria y éxito de los ejércitos. Los mejores soldados acaban siendo ladrones, y los ladrones pasan a ser los más temidos soldados. El lujo y el loco despilfarro engendran en todas partes la prostitución y el juego. La justicia divina está subordinada a la humana, que, irónicamente, la legaliza o autoriza. Se simulan guerras en perspectiva para crear nuevos impuestos y rebajar el valor de las monedas.

No hay causa, por mala que sea, que no tenga algún juez capaz de convertirla en buena. ¡Y la iglesia! Los predicadores ablandan la doctrina del Evangelio para amoldarla a las malas costumbres de los hombres. . .

### *Socialismo y comunismo*

Hay como un anticipo de *don Quijote* en lo que constituye el diálogo que forma las dos partes del libro de Moro. Al lado de la cruda realidad que denuncia el ensayista, camina la cervantina ilusión de una isla maravillosa en cuyos términos ideales habrá de fundarse el buen gobierno. La contraposición de los dos discursos duplica el encanto del libro inglés. Después de cuatro siglos de haberse leído como una novela, todavía se aprovecha para hacer, de una parte la crítica histórica de la sociedad europea del XVI, y más que todo de la inglesa, y al propio tiempo para imaginar reformas como las del noble idealismo de Moro, fundamento teórico para el socialismo y el comunismo de los nuevos tiempos.

Moro encuentra que la miseria de su época nace de la propiedad privada. Del oro con que se mide la riqueza de las naciones, de las reglas que rigen el comercio, del capitalismo naciente. Y vuelve los ojos a los tiempos de la iglesia primitiva cuando, como se registra en las actas de los Apóstoles, ellos tenían todo en común, vendían lo que poseían y el producto de la venta se distribuía entre todos según las necesidades de cada uno. Los fieles depositaban las sumas que habían obtenido a los pies de los apóstoles, quienes dirigían en seguida su repartición. Marx, Lenin, Stalin, o repitieron las palabras de Moro o aludieron a ellas, y tanto se ha señalado al inglés como un precursor, que en la más reciente edición polaca de *Utopía* hay una reiterada confrontación de lo que él dijo con lo que luego han presentado los fundadores del comunismo de nuestro tiempo como sus fundamentos formales. Más abundante es todavía la alusión al católico santo inglés dentro de otras especies del socialismo. La diferencia está en la oposición que pueda haber entre el comunismo ateo que se desprende de Marx y la concepción de Moro impregnada de su fe cristiana.

La concepción política de Moro no difiere mucho de la de Erasmo o Vives. Entre los tres, los lazos de amistad eran íntimos, y no fue extraño Erasmo a la publicación de *Utopía* en la forma última que le dió Moro. Erasmo decía: el pueblo levanta las ciudades y la locura de los príncipes las destruye. En *Utopía*, al rey lo elige el pueblo de por vida, pero puede destituirlo si trata de reducirlo a servidumbre, y elige al parlamento. El fin del gobierno no es el enriquecimiento de unos pocos y proporcionar placeres al rey, sino la felicidad del pueblo. Moro encuentra en el orden social de su tiempo una conspiración permanente de los ricos contra los pobres.

Vives a su turno decía: "Así como es vergonzoso que un padre de familia tolere que en su casa de rico haya quienes sufran de hambre, estén desnudos o vistan de harapos, de igual manera no es aceptable que en una ciudad como Brujas que está muy lejos de ser pobre, sus magistrados soporten que ciertos ciudadanos sean víctimas del hambre y la miseria." Como dice Alain Guy, "Vives no fue sólo un demócrata resuelto, hostil a los tiranos, amigo del consenso popular y pacifista infatigable sino un verdadero colectivista, crítico severo del capitalismo naciente, que recordaba con frecuencia cómo la apropiación de los bienes es una degeneración en relación con la primitiva posesión en común." Lo mismo que Moro, Vives vuelve los ojos hacia el Nuevo Mundo para señalar la diferencia entre una sociedad corrompida en Europa y los salvajes del otro hemisferio en donde hay una bondad de costumbres que forman impresionante contraste.

En 1520 se encontraban en Brujas Erasmo, Moro y Vives, y no debió ser extraño a sus coloquios todo este complejo de circunstancias de donde se originaron sus libros, sus prédicas, sus lecciones. Si algún documento hermoso queda de aquellas amistades son las cartas que entre ellos se escribían. Basta leer el retrato que hizo Erasmo de Moro en su carta a Ulrich von Hutten para llegar a un punto en donde la palabra escrita no fue inferior en nada a cuanto hizo con sus pinceles Holbein, pintor inmortal de estos hombres nunca superados.

#### *¿Por qué en América?*

¿Fue arbitraria la invención de Moro cuando situó en el Nuevo Mundo su *Utopía*? ¿Qué pudo moverlo a hacer semejante escogencia geográfica? ¿Tuvo realmente algo que ver América en la génesis de su libro? Todos sabemos lo que él mismo dice. Enrique VIII —o más exactamente, los comerciantes de Londres interesados en los negocios de la lana— lo habían enviado junto con Cuthbert Tunstall —antiguo embajador ante el rey de Francia, y más tarde obispo en Londres— para que los dos, en calidad de embajadores, trataran con los enviados del archiduque Carlos —que pronto iba a ser Carlos I de España y V del imperio— los asuntos que se hallaban pendientes entre los dos reinos. Las reuniones fueron en Brujas. Un día en que las conversaciones se suspendieron mientras iba el enviado del archiduque a Bruselas para recibir instrucciones, Moro se fue a Amberes. Le atraía el puerto por muchas razones. En Amberes el arte alcanzaba entonces las alturas a que lo llevó el genio de Quentin Metsys. Erasmo y sus discípulos lo mismo se encontraban en Brujas que en Lovaina o en Amberes. La suerte fue propicia a Moro. Lo inesperado le salió al encuentro: en Amberes hizo el descubrimiento de América. La América de Amerigo Vespucci. No la de las islas asiáticas de Colón, sino el nuevo

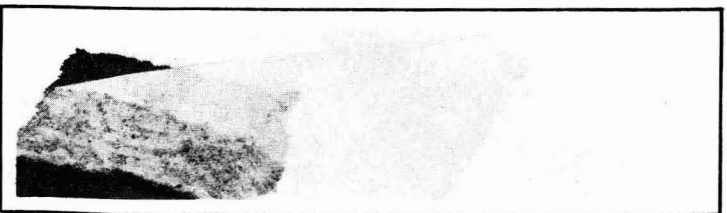
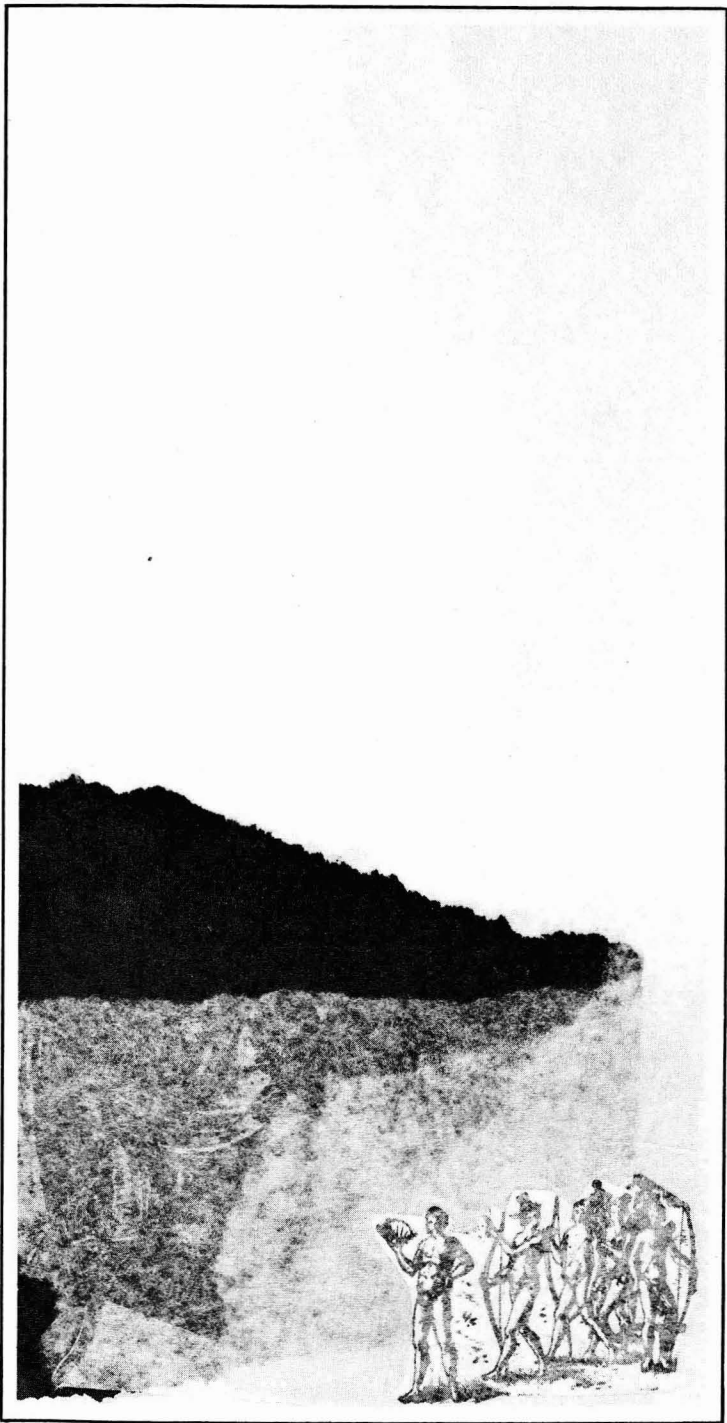
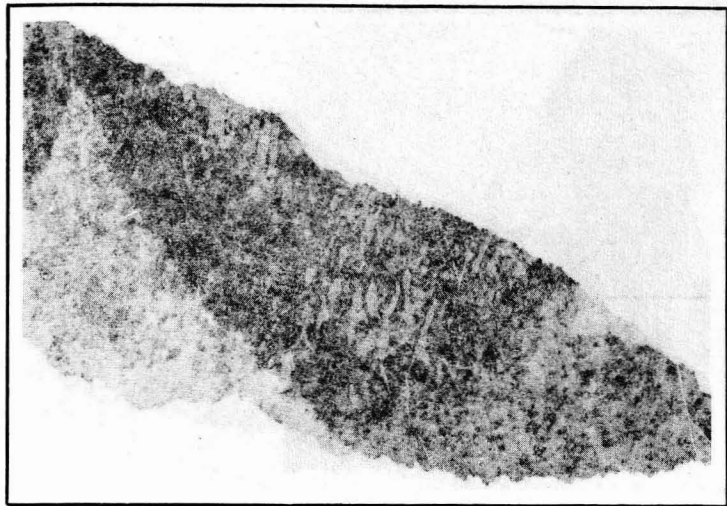
continente anunciado por él en sus cartas, cartas que justamente en latín y en holandés se habrían publicado en Amberes ocho años antes. Quizás ahí mismo tomó noticias de otras cartas: las de Pietro Martyr. Pero su curiosidad se detuvo ante todo en los relatos de Amerigo Vespucci. De ellos sale la *Utopía*.

En la fortuna del libro de Moro, como en la del propio Vespucci, la nueva invención de la imprenta desempeña un papel decisivo. Sin la imprenta, América quizás se hubiera llamado de otra manera, y la *Utopía* habría tenido un destino menos feliz.

#### *América en el nacimiento de la imprenta*

En una carta de Moro a Erasmo, después de ponderarle el fastidio con que había aceptado su legación le hablaba de las muchas cosas que le habían deleitado: "Primero, haber pasado muchos días con Cuthbert Tunstall, un hombre que, sin que nadie lo supere por su cultura y por el ascetismo de su vida, tampoco hay quien le iguale por la gentileza de su trato. Luego, me hice amigo de Busleiden, quien me recibió con la magnificencia propia de su gran riqueza. . . me enseñó su espléndida casa, amueblada con gran lujo, y colecciones de antigüedades que despertaron mi curiosidad y deleite, y, por sobre todo, su biblioteca cuidadosamente seleccionada y su mente, aun mejor dotada que su biblioteca. . . Pero de todo nada me alegró tanto como conversar con Peter Gilles, un hombre tan instruido, sagaz y modesto, como amigo de la verdad. Yo hubiera pagado lo que no tengo por esta intimidad con él." Gilles trabajaba en la imprenta de Thierry Marrens, en Lovaina. Y Gilles fue la persona a quien Moro dedicó la *Utopía*, como natural recompensa por haber sido él quien le familiarizó con las cartas de Vespucci.

Es así como al fondo de estos descubrimientos aparece la imprenta, que para Moro tenía casi la fuerza de un llamado del destino. El año en que él nació se introdujo a Londres la primera. La llevó de Brujas el impresor Caxton, contemporáneo de Manutius el que la llevó a Venecia, de Froben, el que la llevó a Basilea. Entre Lovaina, Brujas y Amberes, la invención de las máquinas que dieron origen al libro impreso encontraron su centro ideal de difusión. Llegar a Flandes era llegar a uno de los lugares en donde se aprovechaba mejor el instrumento destinado a extender por el mundo el poder de las letras. . . justamente cuando América era la gran noticia universal. Peter Gilles, a quien retrató Matsys en compañía de Erasmo, era corrector de pruebas. También lo era Erasmo, para los libros que se editaban en griego. Las imprentas de Flandes publicaban de todo: teología, filosofía, geografía, historia, en todas las lenguas. . . y en este nacimiento del libro impreso, que todos celebraban gozosos, iba entretejiéndose el hilo de América, como el oro en las tapicerías que allí mismo se hacían para



revestir los muros en los palacios reales, en las catedrales... Comienza esta dorada aparición del Nuevo Mundo con la carta de Vespucci que se edita en Amberes, y con la *Utopía* que se edita en Lovaina, dedicada a Peter Gilles. Luego, vendrán las obras de los cronistas de Indias, de los primeros historiadores de América... y al mismo tiempo la encendida protesta de Las Casas por la destrucción de las Indias, en su traducción francesa. En Amberes se imprimió en 1601 el primer dibujo de la papa conocido en el mundo occidental. Si se tiene en cuenta que apenas en 1785 pudo Parmientier introducir en la corte de Luis XVI, y por consiguiente en Francia, el uso de la papa en la comida, se verá todo el tiempo que permaneció perdida entre los libros de Amberes la planta que acabaría por ser uno de los puntos de apoyo de la cocina francesa...

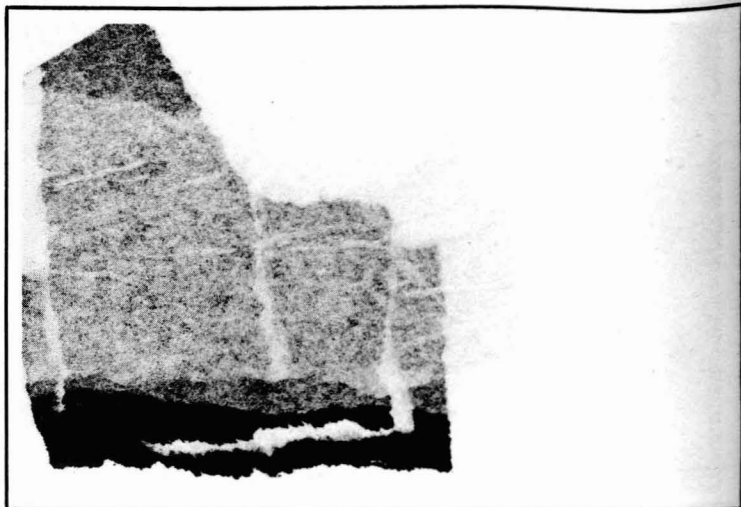
Bajo Felipe II creció la participación española en el cuadro de las publicaciones de Amberes. Entonces, Arias Montano fue enviado para dirigir la edición de la Biblia Políglota en la casa de Christophe Plantin, con textos en latín, griego, hebreo, sirio y caldeo. Al lado de este renacimiento del mundo más antiguo, surgía la revelación del más nuevo. La palabra América salía de los chivales a las prensas como el más novedoso complemento a las historias de otros tiempos.

#### *De Vespucci a Tomás Moro*

Hay en el libro de Moro dos invenciones: la del nombre de Utopía, y la del supuesto marino Raphael Hythloday. Hythloday habría sido uno de los 24 compañeros de Vespucci que, suplicándole al florentino, se habrían quedado en el Brasil, para explorar tierra adentro. Hythloday es un nombre hecho sobre dos palabras griegas. Traducido significa: hábil para contar historias. ¿Sería una alusión al propio Vespucci? ¿No se ha dicho muchas veces que parte de la gloria del florentino se apoya en la gracia de sus cartas?... El nombre de Raphael podría referirse a la nave Sao Rafael, la de Vasco de Gama que abrió el nuevo camino hacia las Indias doblando el cabo de Buena Esperanza.

Cuenta Moro que Peter Gilles, señalándole a Raphael Hythloday, le dijo: Fíjate en aquel hombre a quien voy a presentarte: no hay sobre la tierra quien pueda contarte las cosas que él sabe: ha llegado del Nuevo Mundo... Es un hombre singular: fuera de sus viajes, ha estudiado griego. Por amor a la filosofía. Dice: los latinos se limitaron a saber trozos de Séneca y Cicerón, como si en eso estuviera resumida toda la ciencia de los antiguos...

Es Raphael quien descubre a Moro la Isla de Utopía. ¿Dónde quedaba esa isla? En el Brasil. Affonso Arinos de Mello Franco identifica el lugar. Es el Cabo Frío, donde realmente Vespucci dejó a los 24 compañeros, como dice en su carta. Lo que Raphael



cuenta a Moro convierte la carta de Vespucci en la fuente original de *Utopía*. La pintura que el florentino hace de nuestros buenos salvajes, Moro la recoge y convierte en el primer principio de una filosofía cuyas proyecciones en el tiempo llegan hasta los románticos del XVIII, y más allá. Hasta donde América se convierte en el continente de la esperanza para los europeos insatisfechos de todos los tiempos.

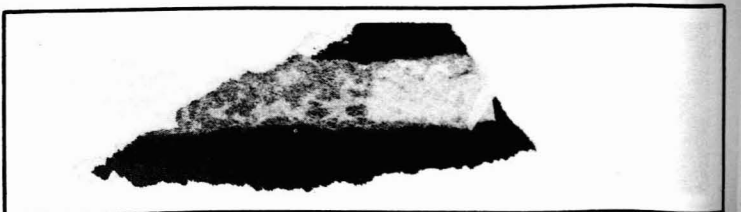
Moro selecciona de las informaciones de Vespucci aquellas que mejor se ajustan a sus platónicas ideas y a sus sentimientos cristianos. Elimina cuanto tenga que ver con la antropofagia. Vela ciertos detalles en donde Vespucci se expresa con crudo realismo, y salta a la vista su curia de minucioso componedor de la historia americana para acomodarla a las circunstancias de su vida. En todo caso, veamos la evidencia de sus aproximaciones.

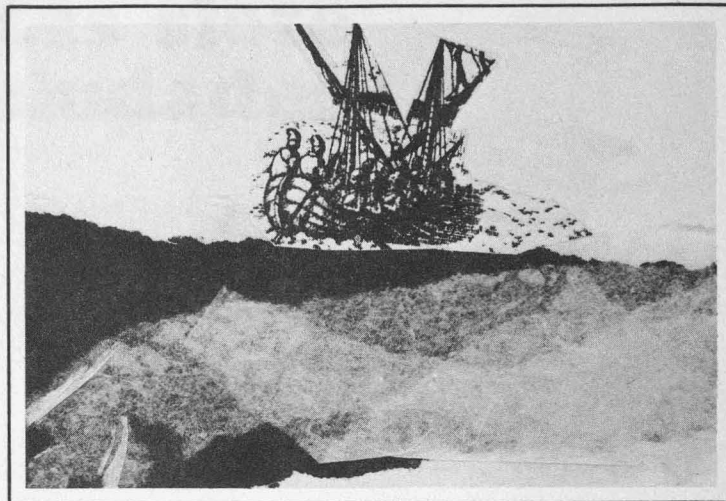
Dice Moro: "Podría acusarse a los de Utopía de inclinarse con exceso al epicureísmo, porque la voluptuosidad, según ellos, sin ser el único elemento de la felicidad, sí es uno de los más esenciales. . . Ellos definen la virtud: vivir según la naturaleza. Dios, al crear al hombre, no le dio ningún otro deseo. . ."

Dice Vespucci: "Los del Nuevo Mundo viven según la naturaleza y pueden llamarse más bien epicúreos que estoicos."

Con esas palabras, Moro y Vespucci desatan una corriente de pensamiento que llegará hasta Rousseau. Cuando Vespucci pone en la balanza la vieja fórmula de los estoicos: vivir según la naturaleza, y la de los epicúreos que buscan la voluptuosidad y el placer, da oportunidad a Moro para especular sobre lo que haya de bueno en una y otra filosofía, y desarrolle, en una de las partes más extensas de su libro, la idea de la voluptuosidad, tan singularmente expuesta por Vespucci. Dice Vespucci: "Las mujeres, como te he dicho, aunque andan desnudas y son libidinosas, no tienen nada defectuoso en sus cuerpos, hermosos y limpios, ni tampoco son tan groseras como alguno quizás podría suponer, porque aunque son carnosas, falta a la par de ello la fealdad, la cual en la mayor parte está disimulada por la buena estatura. Una cosa nos ha parecido milagrosa, que entre ellas ninguna tuviera los pechos caídos, y las que habían parido, por la forma del vientre y la estrechura, no se diferenciaban en nada de las vírgenes, y en las otras partes del cuerpo parecían lo mismo, las cuales por honestidad no las menciono. Cuando con los cristianos podían unirse, llevadas de su mucha lujuria, todo el pudor de aquellos manchaban y abatían. . . Ellas hacen hinchar los miembros de sus maridos de tal forma que parecen deformes y brutales y esto con cierto artificio suyo y la mordedura de ciertos animales venenosos. . . Ellos toman tantas mujeres cuantas quieren. . ."

Dice Moro: "los utópicos distinguen diversas clases de verdaderos placeres: los unos relacionados con el cuerpo, los otros con el alma. . . Dividen en dos especies las voluptuosidades del cuerpo: la primera especie comprende todas las voluptuosidades que operan





sobre los sentidos dejando una impresión actual, manifiesta, y cuya causa es el restablecimiento de los órganos agotados por el calor interno. Esta impresión nace, de una parte, de la acción de beber y comer que devuelve las fuerzas perdidas; de otra de las funciones animales que expulsan del cuerpo las materias que le sobreabundan. Tales son las secreciones intestinales, el coito y el apaciguamiento de una comezón cualquiera, frotándose o rascándose. . . La segunda especie de voluptuosidad sensual consiste en el equilibrio perfecto y estable de todas las partes del cuerpo, es decir: en la salud libre de todo malestar. . . Hoy día los utópicos todos, con mínimas excepciones, están de acuerdo en proclamar la salud como una voluptuosidad esencial. . . Penetrados de estos principios, piensan que no debe darse demasiada importancia a las voluptuosidades carnales sino en cuanto son útiles y necesarias. Entonces, se abandonan a ellas gozosamente, y dan gracias a la naturaleza que toma a su cargo al hombre con la ternura de una madre, mezclando impresiones tan dulces y suaves a las funciones indispensables de la vida. . .”

Dice Vespucci en la *Mundus Novus*: “Ninguna especie de metal se encuentra allí, excepto oro, el cual en aquellos países abunda, aunque nada hemos traído en nuestra primera navegación. Y de esto nos dieron noticia los habitantes, los cuales nos afirmaban que allá adentro había grandísima abundancia de oro, no siendo entre ellos estimado en nada, ni tenido en aprecio.”

En otro lugar lo repite: “Sus habitantes no estiman cosa alguna de oro ni plata u otras joyas, salvo de plumaje o de hueso. . .” Moro encuentra en estas líneas la realización del ideal platónico de la República: “La riqueza engendra el lujo, la pereza, la novelería, y la pobreza, la bajeza y la maldad. . . En el estado ideal mandan los que son verdaderamente ricos, no de oro, sino de aquella riqueza que verdaderamente necesita el hombre para ser feliz: una vida virtuosa y sabia.” Ahora, habla Moro en *Utopía*: “Los utopianos han ideado un uso del oro muy en armonía con sus instituciones pero en desacuerdo total con las de nuestro continente donde el oro es adorado como un Dios, y buscado como el bien soberano. En Utopía se come o se bebe en vajilla de barro o de vidrio, de forma elegante, pero sin valor. El oro y la plata están destinados a los oficios viles, y de oro se hacen los vasos de noche. . .” Lenin, en un artículo publicado en *Pravda* sobre la significación que ha de tener el oro después de la victoria del comunismo, escribió: “Cuando hayamos vencido en escala mundial, construiremos, pienso yo, los orinales públicos de oro, en las calles principales de las más grandes ciudades del mundo. . .”

La idea comunista está ya expresada en la carta de Vespucci: “No tienen bienes propios, pero todas las cosas son comunes. Viven juntos sin rey, sin autoridad y cada uno es señor de sí mismo. . . Sus habitaciones son comunes, y sus casas hechas en forma de cabañas, pero muy fuertes, construidas y fabricadas con

truncos de árboles grandísimos. . . a prueba de tempestades y vientos. En algunos lugares tan anchas y largas que en una sola casa encontramos que había seiscientos almas. . . Cada ocho o diez años cambian de poblaciones. . .” Moro recoge su república en una ciudad, pero al mismo tiempo conserva ese contacto con la naturaleza que se desprende de la vida americana: “Los utópicos aplican a las habitaciones el principio de la posesión común. Para aniquilar toda idea de propiedad individual y absoluta, cambian de casa cada diez años, y echan a la suerte la que debe tocarles en el reparto. . . Detrás de las casas y entre ellas hay vastos jardines. Cada casa tiene una puerta sobre la calle y otra sobre el jardín. Estas dos puertas se abren con sólo empujarlas con la mano. Dejan entrar al primero que llega.”

La misma idea de la libertad religiosa entre los habitantes del Nuevo Mundo entusiasmaría a Moro o a Erasmo, tan enemigos de las guerras religiosas como fastidiados de la degeneración de las órdenes religiosas. Dice Vespucci: “No supimos que esa gente tuviera ley alguna, ni se les puede llamar moros ni judíos; son peores que gentiles, porque no vimos que hiciesen sacrificio alguno y tampoco tienen casas de oración; juzgo que su vida es epicúrea.” Moro calificaba a los frailes de “los primeros vagabundos de la tierra”. Erasmo escribía a un amigo: “No querría que dieras una interpretación errada a cuanto voy a decir suponiendo que va contra la teología, por la cual, como sabes, siempre he tenido el mayor respeto. Sólo quiero divertirme un poco a expensas de ciertos teólogos de nuestro tiempo, cuyos cerebros están podridos, su lenguaje es bárbaro, su inteligencia roma, sus conocimientos colcha de retazos, sus maneras rudas, su vida pura hipocresía, y sus corazones tan negros como el infierno. . .” De la justicia montada sobre las leyes de Europa, decía Moro: “Es una mentira falaz, estúpida.”

#### *¿Empieza la novela americana?*

Hasta aquí, todo puede ser una novela. ¿No habrá en los relatos de Vespucci rastros de fantasías platónicas? ¿No eran, en su casa, en Florencia, las ideas del griego pan de cada día? Su tío y maestro, Giorgio Antonio, de la academia platónica, era amigo de Ficino, y de cuantos con él veneraban al inventor de la Atlántida. A Giorgio Antonio se dirigían los humanistas alemanes, como Reuchlin, interesados en tomar contacto con los filósofos florentinos. Vespucci, Amerigo, no era un aventurero común, ni un marino como tantos otros. Hombre culto, recordaba las lecciones que de joven le habría dado el tío filósofo, y tenía presentes al acercarse al Nuevo Mundo, los versos de Dante que recitaba de memoria. Así como Colón llevó en su equipaje mental monstruos y leyendas mágicas y las fantasías de Pierre D'Ailly —su visión del

paraíso en la desembocadura del Orinoco recoge medievales invenciones fabulosas— Vespucci cargaba con el idealismo de los neoplatónicos y cuando cree encontrar el paraíso en el Nuevo Mundo lo calca del de Poliziano, en el poema inmortal donde éste canta las gracias de la bella Simonetta Vespucci, la de Botticelli.

Es difícil desentrañar en los primeros relatos de América la parte de ficción, la parte de verdad. Puede ocurrir que la misma *Utopía* de Moro le haya servido al Inca Garcilaso de la Vega para embellecer la historia de los reyes del Perú... Casi niño, llegó el inca a España, y en España pasó el resto de su vida. No fue extraña a su nueva formación de escritor la literatura humanista que circulaba en la península, y con ella la de Tomás Moro, que tanto impresionó a sus contemporáneos. La inclinación platónica del Inca está patente en su límpida traducción del libro de los amores de León Hebreo. Desde luego, es cierto que muchas de las minuciosas informaciones contenidas en los *Comentarios Reales* han sido comprobadas en nuestros días en muy diversas fuentes y en estudios arqueológicos. Pero también es notoria la fantasía del mestizo genial. Lo que haya de verosimilitud en sus *Comentarios*

*Reales*, no excluye una posible influencia —que habría de averiguar— de la *Utopía* de Moro en el utópico Perú de su relato.

Siendo esto así, ¿no estamos haciendo una novela de todo este laberinto americano? Quizás no. Muchas de las descripciones de Vespucci en la *Mundus Novus* coinciden con las que dan los cronistas que vinieron luego. Pero hay algo más. Sí es difícil saber hasta dónde Moro, para inventar su isla fabulosa, se apoyó en una realidad o en una fantasía vespuciana, hay algo positivo y evidente: el destino fue convirtiendo su utopía en realidad. Primero, solitarios aventureros convencidos cruzaron el Atlántico en busca de Dorados y Quimeras. No hallaron cuanto esperaban, pero lo cruzaron y echaron raíces en Tierra Firme. Luego, vino el caudal de millones de europeos que se embarcaron para América. Si la verdad se impuso o la fantasía tomó cuerpo, es lo mismo. Cuando nos acercamos a un Vasco de Quiroga, la América de Vespucci se convierte en un positivo viaje de regreso. El religioso alucinado viajó en barco del papel: en el libro del santo Tomás Moro. De papel y todo el barco llegó y en México hubo una Utopía.

